

ESTE DIARIO

se publica en la IMPRENTA TIPOGRÁFICA A VAPOR

Calle de las Campanas, número 41.
dónde se recibe suscripción, telégrafos y telegramas.

Gerente, D. HERMOSO DE MARÍA.

Los avisos—Se publicarán con arreglo a la tarifa del Estado Nacimento—Se recibirán hasta la hora de la tarde. Pago adicional.

Los comunicados—Cada vez, cuando sea exclusivamente de interés público, a juicio de la Redacción, los escritos anónimos serán rechazados y destruidos en el acto.

ALMANAQUE

OCTUBRE—15.

SANTA TERESA DE JESÚS Y SAN SEVERO CRISTO.

SALIDAS DE CORREOS.

Hoy hasta las 4 de la tarde recibe el Correo la correspondencia para Florida, Durazno, Tacuarembó, Cerro Largo, Colonia y Fructuosa y Tres Arroyos.

El correo de las 4 a las 5 de la tarde para las Missiones Orientales para Florida, Durazno, Tacuarembó y Artigas.

DILIGENCIAS PARTICULARES

Sale de la Plata de la Independencia esquina de la calle 18 de Julio num. 1 y 2.

Todos los días

Para Santa Lucia y Candelaria a las 5 y media de la mañana.

Para San José y Montevideo a las 6 horas; los días 1, 10, 15, 20 y 25 a las 5 y media de la mañana en que esta Agencia se reciben hasta última hora diarios y correspondencia débilmente franqueada.

VAPORES.

Hoy a las 5 de la tarde salen los siguientes:

El Juncos 7. Frente a Buenos Aires.

El Comercio de Paysandú para Paysandú y Colonia.

El Uruguay para Montevideo con la ruta para Europa a las 8 de la mañana.

EL SIGLO

Hablemos claro.

En los delirios del fanatismo político lo primero que pierde el hombre es la conciencia de su propia causa y de sus bien entendidos intereses.

En el supremo esfuerzo de conseguir un fin que la fiebre de los odios inspira, todo se lleva por delante y se sacrifica sin piedad.

Es muchas veces el enemigo quien tiene en ese caso que señalar el abismo hacia el cual camina y en que va a fundirse sin remedio.

Nos dirigimos a La Tribuna, y puesto que persiste en hablar claro, hablaremos claro.

El odio encadenó a los hombres que de tiempo atrás vienen combatiendo la política personal, estrivía el espíritu del redactor de la Tribuna y lo lleva a la perdición de su propia causa.

La Tribuna creó bajo la denominación absurda de partido conservador una entidad imaginaria que le sirve de blanco a sus ataques; a esa entidad imaginaria acusa de cómplices y autores de los mayores crímenes que se han cometido en esta tierra clásica del crimen como de la gloria.

Y comprendiendo que lo que más puede imponer la imaginación del pueblo es todo lo que se refiere a los sucesos recientes de Febrero, la Tribuna acudió en solitario y comunicó a toda la República, aquella columna inflamada, carente e insensata, que el partido blanco arrojó a la circulación al darse el sello del seleno asustado.

Es la columna que acoge, que predica al pueblo y que llaman gran revolucionaria de la justicia.

Bien visto, que decir esa columna, pero verá la trama llena de sus intérpretes en el célebre corresponsal de la República y en D. Aurelio Palacios!!

Así también lo insinuó claramente una correspondencia de D. Eduardo Flores publicada a fines de Marzo en El Comercio del Plata, que redactó entonces D. Alejandro Pérez.

Cupo a El Siglo el honor de publicarla tan absurdamente, apagando así la conciencia pública y después con el testimonio irrecusable del propio hijo de D. Bernardo Berro.

Hoy la calamidad vuelve a tomar sus fuerzas y a proseguir su obra de perversidad e impotencia.

Son diarios que se llaman colorados, los que la acogen, la proclaman y difunden.

El General Caraballo y el General Suarez vienen a recibir la amarga, la profunda ofensa de que se les supone por un momento complices en el asesinato del hombre a quien acompañaron con su brazo, con su prestigio y sacrificio durante toda la revolución libertadora.

Y bien, ¿no comprendes que al hacerlos ésta tan infame calamidad, llevas la disolución y la muerte a vuestra propia causa, destruyendo los mismos elementos que forman vuestra fuerza y vuestra fuerza, pones en manos del enemigo común el arma con que va a desarmar y aniquilar vuestra influencia en la opinión del pueblo?

Tan ciegos estás! ¿Deberías olvidado ya que los Generales Suarez y Caraballo, víctimas de la infame calamidad, son el Ministro de la Guerra y el Comandante General de la situación a que pretendéis orestir el concurso de vuestra prensa en la prensa?

Jamás el fanatismo y el odio han inspirado al hombre, una aberración más criminal ni más funesta!

Un día la Tribuna acudió a El Siglo de haber denunciado y atacado las primeras figuras militares del partido a que perteneceis.

Nosotros solo habíamos atacado a Máximo Pérez y Tolosa cuando un escandaloso rebelde y la servidumbre de la Tribuna era ridícula.

Hoy la Tribuna acoge la calamidad del partido blanco, denigrando así a los Generales Suarez y

FOLLETIN

116

LAS AVES NOCTURNAS

HISTORIA DE LOS HUERTANOS

NOVELA GENERAL

Por D. Juan de la Puebla Vizcaína

III.

Sir Enrique, durante los momentos en que permaneció al lado de la cuchilla, se dio cuenta de su pecho profundo susurro, que concluyó por llamar la atención de Sir Enrique.

— Parece que no es hallar a gusto entre nosotros... — le dijo la joven una tarde, mientras tomaban el café, en memoria de Osorio según costumbre.

— No lo creas, señora, me encuentro bien aquí... — y no obstante, debiera alejarme.

— Que debieras alejarte, no a ser por las insinuaciones de Maurice.

— Efectivamente, por él he sabido que hace poco tratabas de subtraerme a vuestra amistad.

— Es un amor que no se da de esta determinación... — preguntó sir Enrique halagüedamente.

— Solamente me confesó que era efecto de nuestro carácter, que él se había opuesto, porque quería distanciarse... — y sus casas, añadió María jovialmente.

— Casarme... — preguntó el joven con estrechez.

— Si por cierto, Maurice deseaba que lo hagais en mi casa.

— ¡Oh! Es una chanza muy cruel de su parte, — respondió Enrique un tanto indignado.

— ¡Chico! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— Querías una duda condonar al celíaco?

— Sí, señora, porque amo sin esperanza.

— La voz de sir Enrique, al pronunciar estas palabras, expresaba tan profunda y melancólica tristeza, que María no pudo menos de estremecerse.

— Perdonadme, amiga mía, con mis palabras has podido herir mi vestido corazón... — respondió en el sentirlo que al parecer le amaba.

— ¡Oh! Si te conocieras, señora... —

— Con que es decir, que habéis pretendido abandonarnos... — volvió a preguntar María, creyéndole que de este modo variaría la conversación.

— Si, señora, es cierto; — pluriñose a Dios lo hubiera hecho enfadado... — Hoy me encueno tra sin fuerza para partir.

— IV.

Maria y sir Enrique callaron.

Era ya la caída de la tarde, cerca del crepúsculo, y en hora tan llena de misterio, en la que parecen que todos los pensamientos son tan dulces como las sombras, que van poco a poco creciendo, sin embargo de que la noche se acerque.

— Este es poder dominar su emoción; — imprimió un beso en la mano de la condesa.

Luego sintió una especie de remordimiento pensando en su amigo.

— María no dirá una palabra, ni con el silencio le hizo el menor reproche.

— Sin embargo, sintió en sus mejillas el calor de la vergüenza.

— Uno y otro quedaron silenciosos e inmóviles, como Adán y Eva en el Paraíso, después del pecado original.

— Cuando entró Osorio, en el gabinete, se los en-

contró sentados en sus asientos, sin saber si el

ambos callaban.

— Y en medio de aquel silencio habló algo de broma y embriaguez, que ejercía una misteriosa influencia en aquellos jóvenes corazones.

— Hay en la naturaleza algo de indescifrable.

— Si por cierto, Maurice deseaba que lo hagais en mi casa.

— ¡Oh! Es una chanza muy cruel de su parte,

— respondió Enrique un tanto indignado.

— ¡Chico! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

— ¡Ay! — exclamó — ¿cómo demonios...

— ... demasiado sabé el que eso no

— se acuerda del marqués de San Mauricio.

</div